



ARQBCN.ORG

La renovación de las tradiciones de la Iglesia

Recordar el Concilio a contracorriente

Pedro Trigo, s.j.*

Una reflexión sobre el 50 aniversario del Concilio Vaticano II convocado por el papa Juan XXIII, en 1959, para reformar e insuflarle nueva vida a la Iglesia católica como preparativo para el inicio del tercer milenio cristiano

El 11 de octubre se cumplieron cincuenta años de la inauguración del Concilio Vaticano II. Lo primero que queremos decir los que nos sentimos gozosamente marcados por él es que es deber de gratitud celebrarlo y que la celebración tiene que llevarse a cabo desde dentro: desde nuestra pertenencia al Concilio, desde nuestro modo de vivir el cristianismo posibilitado por el Concilio y desde sus cauces, por supuesto que desde la recepción latinoamericana de Medellín y Puebla.

La celebración tiene que consistir en poner en evidencia el anclaje conciliar del horizonte cristiano en que vivimos y en entregarlo a nuestros hermanos en la fe y a nuestros contemporáneos. Esto tiene que hacerse con la mayor significatividad posible y en diversos registros, no solo el académico sino el simbólico, el propiamente celebrativo.

UN ACONTECIMIENTO DEL ESPÍRITU

Para que la celebración sea genuina un aspecto que ha de ser tomado en cuenta, no de contenido ni de estructura ni de perspectiva sino más englobante y no objetivable, es el carácter de Pentecostés que tuvo el Concilio como acontecimiento y que sigue teniendo su recepción, cuando es auténtica recepción, es decir con fidelidad creativa. En este carácter carismático, es decir, obra del Espíritu, radica su trascendencia. El Concilio, ya en la primera sesión, desbordó absolutamente los cauces que la curia vaticana había previsto para él. El ir más allá de lo dado y de lo previsto ocurrió en obediencia al Espíritu.

Y así sigue ocurriendo cuando se lo recibe yendo a las fuentes discipularmente, sobre todo, a los santos evangelios, y encarnándose solidariamente por abajo en nuestra situación para meter en ella el fermento de la filiación y de la fraternidad que nos alcanzó Cristo. Y cuando se hace todo eso, no disciplinariamente sino animando, alentando, desde la consistencia que da el Espíritu de Jesús, que ni ofende ni teme. Por tanto, la celebración, si quiere estar en la onda del Concilio, tiene que llevarse a cabo con creatividad fiel.

Asumimos, pues, que el Concilio fue, por encima de todo, un acontecimiento del Espíritu y solo puede mantenerse en cuanto siga aconteciendo con esa misma calidad de obediencia primordial, tanto al impulso interior y al diálogo, como a la escucha y seguimiento de los signos de los tiempos. Lo fundamental no es acertar en cada momento sino la disposición de querer obedecer al impulso del Espíritu y por eso rectificar siempre que se vea incoherencia.

CELEBRAR A CONTRACORRIENTE DE LA MAYORÍA QUE NO LO HA RECIBIDO

Hay que tomar en cuenta que esta recepción que da vida a lo más vivo y fecundo de nuestras Iglesias, no es, sin embargo, lo que da el perfil más visible e institucional del cristianismo latinoamericano, como sí lo dio en las décadas de los setenta y ochenta. No solo hay desconocimiento inculparable de muchos laicos sino resistencia de bastantes responsables. La resistencia es, sobre todo, práctica: negativa a encarnarse solidariamente en su comunidad humana y en su situación; negativa a subsumirse la jerarquía en el seno del pueblo de Dios y a que el llevarse mu-

tuamente con los demás cristianos dé el tono de sus vidas, negativa a dar la palabra a los laicos, negativa a compartir responsabilidades, negativa a que la palabra, sobre todo los evangelios, sea la fuente de sus vidas y de la vida de la Iglesia.

Una consecuencia de esta resistencia es el abandono de la religión del pueblo, la negativa a historizar la vivencia cristiana de los pobres mediante la lectura orante comunitaria del evangelio, leído en la casa del pueblo.

De lo dicho se deduce que hay un conflicto de interpretaciones. Por tanto, es preciso un diálogo. Para que sea fecundo, debe hacerse desde el horizonte en que se vive realmente el Concilio y no desde la ideología que se profesa; es decir, que debe hacerse desde aquello que del Concilio nos da vida y no desde lo que de él respalda a la propia visión cristiana.

FESTEJAR EN LA DIÁSPORA

Vivimos en otra época que la conciliar, por tanto se impone leer los documentos conciliares, tanto desde el espíritu con que fueron compuestos, como desde los signos de los tiempos de nuestra época, no solo de sus ejes que deben ser discernidos sino más particularmente del paso de Dios por ella.

Sin embargo, también tiene sentido leerlo como un texto *inspirado* que se nos entrega hoy para que lo recibamos con fidelidad creativa. Esto último tiene sentido y es pertinente porque para la mayoría es la primera vez que toman contacto con él y, sobre todo, porque no es un documento coyuntural sino de onda larga y, en no pocos aspectos y ciertamente en los más significativos, sigue siendo pertinente, incluso a la letra.

La novedad que más nos afecta es que el cristianismo y la Iglesia ya se encuentran entre no cristianos, a veces de otras religiones, pero muchas otras, agnósticos o ateos prácticos, y que, por tanto, la dualidad: hablar para dentro o fuera de la Iglesia, ha sido superada.

Como se sabe, desde bien pronto las voces más autorizadas del Concilio propusieron como su objetivo principal tratar de la Iglesia en sus dos vertientes: hacia dentro y hacia fuera. Hacia dentro, insistiendo en el misterio de Dios, que es su horizonte trascendente, y que consiste en que, en Jesucristo, su Hijo único humanado, nos quiere asociar a su comunidad divina como hijos en el Hijo; insistiendo también en que todos

los bautizados, como parte del pueblo de Dios, somos sujetos de la Iglesia y estamos llamados a la santidad y poseemos, por tanto, la misma dignidad y nos debemos llevar mutuamente en la fe, el amor fraterno y la vida cristiana. Hacia fuera, siendo sacramento de la unidad del género humano y desempeñando esta función sirviendo desde dentro a la humanidad como levadura en la masa y llevándole la buena nueva del evangelio.

La novedad consiste en que no existe ya un ámbito sociológico como era la cristiandad sino que los cristianos estamos ya en la diáspora, como pequeños grupos en el seno de la humanidad, que no se siente dentro de la Iglesia, que desconoce en buena medida el nombre de Jesucristo y frecuentemente también de Dios. Con esto volvemos a la situación de los dos primeros siglos. Lo que exige una vivencia muchísimo más personalizada y comunitaria del cristianismo.

Pues bien, habría que decir que el Concilio nos prepara para vivir en esta situación. Lo hace proclamando la autonomía de la conciencia y la necesidad de cultivarla para que obedezca la voz de Dios; poniéndonos en contacto directo con las fuentes, sobre todo los evangelios; poniendo las relaciones mutuas personalizadoras entre cristianos sobre los aspectos institucionales; y poniéndonos ante los ojos como nuestra misión la responsabilidad ante los hermanos y la historia.

LA PROPUESTA CONCILIAR

Un elemento estructural que el Concilio ha puesto de relieve es el carácter histórico de la revelación, que consiste no solo en que Dios se revela en la historia sino que la revelación de Dios historiza la historia, a la que el estamento dominador tiende a cerrar y a convertir en un presente, el presente que ellos representan, que se expande indefinidamente. Esto significa que al Dios cristiano no se lo encuentra en una doctrina, unas conductas y una ritualidad desconectadas de la historia sino en el trabajo denodado de abrir la historia para que en ella quepa la fraternidad de las hijas e hijos de Dios.

El lugar de este trabajo es la historia, cuyo sujeto no es la institución eclesial y ni siquiera los cristianos sino todos los seres humanos. En ella los cristianos trabajamos codo a codo con los que el Concilio llama personas de bu-

na voluntad, que, movidos por el mismo Espíritu que nosotros, buscan realizar “los bienes de la dignidad humana, la unión fraterna y la libertad” (GS 39).

La mundialización alternativa es un modo de expresar la propuesta conciliar de la unidad del género humano como familia de pueblos, de lo que la Iglesia es sacramento. Insistimos en que es solo sacramento y no el ámbito de la salvación, porque el Espíritu actúa en todos los seres humanos.

CELEBRAR A JESÚS

Esta historia culmina en Jesucristo. Él nos revela a la vez quién es Dios y quienes somos los seres humanos. Lo revela como acontecimiento: al hacerse nuestro hermano, nos ha asociado a su filiación y por tanto nos ha revelado que Dios se ha hecho nuestro Padre y nosotros sus hijas e hijos y por tanto, hermanos entre nosotros. Por eso, para conocer tanto a Dios como a nosotros mismos, tenemos que conocer a Jesús. De ahí la centralidad de los evangelios y más en general del Nuevo Testamento y de toda la Biblia. Lo fundamental no es conocerlos mediante el estudio objetual sino como una relación interpersonal entre el Maestro y los condiscípulos.

Ahora bien, también los que no conocen a Jesucristo ni a su Padre pueden vivir como verdaderos hijos de Dios y hermanos de todos los seres humanos desde el privilegio de los pobres, porque Jesús de Nazaret nos atrae a todos con su campo gravitatorio, que es el peso infinito de su humanidad de Hijo y de Hermano, y su Espíritu nos mueve a todos desde más adentro que lo íntimo nuestro. Por eso, todos los seres humanos podemos ser sujetos de esta historia de salvación.

Éste es el sentido de la afirmación del Concilio de que la Iglesia es sacramento de la unidad del género humano: es sacramento porque posee el Nombre de aquél que posibilita la vocación del género humano y se dedica con todas sus fuerzas a poner esa caridad que la hace posible. Pero es solo sacramento porque en la Pascua esa caridad, el Espíritu, está derramada sobre toda carne y, por tanto, si secundamos su impulso, trascendente por inmanencia, todos somos sujetos plenos de esta historia que, venciendo el pecado, camina hacia su plena humanización que tiene su cifra en Jesús de Nazaret.

VIVIR SIN SACRALIZAR LO TRANSITORIO

Una novedad del Concilio que hoy es especialmente relevante, aunque muy a contrapelo con la dirección ambiental, y que, por tanto, tiene que tematizarse muy expresamente, es el haber redescubierto el carácter escatológico de la existencia cristiana, es decir, que ya hoy se vive lo definitivo, la vida eterna y que, si no se la vive hoy, no se la vivirá después de morir. Esta vida no es otra que la fraternidad de las hijas e hijos de Dios, desde el privilegio de los pobres y sin dejar afuera a los tenidos como pecadores.

Esta existencia escatológica es la única perspectiva desde la que enfocar cristianamente lo que se llamaban los novísimos: muerte, juicio, infierno y gloria. Los dos aspectos están íntimamente conectados y son igualmente importantes. Pero hay que empezar por el primero: aquí ya está presente lo definitivo; luego vendrá la plenitud: ahora, el reinado de Dios y luego, el Reino. Nuestra tarea y el don que se nos da es contribuir al reinado; el Reino es puro don. El reinado de Dios se realiza a través de relaciones, concretamente viviendo las relaciones de hijos de Dios en el Hijo único Jesús y de hermanas y hermanos en Jesús, el Hermano universal; y el Reino, es el estado de cosas al que se llega, tras haber aceptado el reinado y con la transformación definitiva, que solo es capaz de obrar el mismo Dios.

No distinguir entre reinado y Reino, llevó a la sacralización indebida de movimientos históricos y utopías, que tendieron a identificarse en la práctica y a veces hasta en teoría con el Reino de Dios, como su realización situada en ese espacio y tiempo. No se tuvo presente la articulación entre la manera como el Concilio concretiza lo que hay en esta historia de definitivo y lo que, aunque ayuda para lo definitivo, no lo contiene. Entre lo definitivo el Concilio menciona realizar “los bienes de la dignidad humana, la unión fraterna y la libertad” (GS 39). Entre lo que puede ayudar a lo definitivo pero que no contiene definitividad está el ejercicio político en sentido estricto.

Para los cristianos no se puede sacralizar la política porque Jesús no es un Mesías político, pero tampoco se puede prescindir de ella. Hay que quitarle ese pretendido carácter sagrado; solo entonces puede ser positiva. Hay que tomar siempre en cuenta que lo social es más denso que lo político y lo personal es más que lo so-

cial. Hacer política así tiene pleno sentido; del otro modo es negativo. En este sentido el mesianismo (Weber) es una mala palabra y ha hecho mucho daño en América Latina.

LA OPCIÓN POR LOS POBRES

Una especificación decisiva que queremos hacer en vistas a esta celebración es que lo más significativo de la recepción del Concilio en América Latina está en la opción por los pobres para que sean reconocidos como sujetos en la sociedad y en la Iglesia, para que con este reconocimiento práctico incrementen y adensen esa condición de sujeto que ya poseen. No hay opción cristiana por los pobres que no pase por este reconocimiento práctico y real de su condición de sujetos. Asistirlos, promoverlos y concientizarlos, son aspectos muy loables, pero que no contienen ese tipo de relación horizontal y mutua, que entraña el reconocimiento práctico de la condición de sujetos. Reconocerlos como sujetos entraña tener fe en ellos. Quien los considera como una magnitud meramente negativa: los que no tienen cómo tener a causa de sus carencias y/o de la opresión o exclusión de los de arriba, no puede tener fe en ellos.

Este reconocimiento aconteció en las Asambleas Generales del Episcopado Latinoamericano en Medellín (1968) y Puebla (1979). Y fue la realización cabal del deseo ardiente de Juan XXIII de que la Iglesia fuera la Iglesia de todos y, sobre todo, la Iglesia de los pobres. Y la realización del programa que describe el n° 8 de la Constitución Dogmática sobre la Iglesia: “Como Cristo efectuó la redención en la pobreza y en la persecución, así la Iglesia es llamada a seguir ese mismo camino para comunicar a los seres humanos los frutos de la salvación. Cristo Jesús, *existiendo en la forma de Dios, se anonadó a sí mismo tomando la forma de siervo* (Filp 2,6) y por nosotros se hizo pobre siendo rico (2Cor 8,9) (...) Cristo fue enviado por el Padre *a evangelizar a los pobres y levantar a los oprimidos* (Lc 4,18) (...) De manera semejante la Iglesia abraza a todos los afligidos por la debilidad humana; más aún, reconoce en los pobres y en los que sufren la imagen de su Fundador, pobre y paciente; se esfuerza por levantarlos de su necesidad y pretende servir en ellos a Cristo”.

De ahí concluyó Medellín que la Iglesia debía ser pobre y publicó un documento entero sobre

la pobreza en la Iglesia (nº 14). Y así, cambiando de lugar social, propuso que la pastoral de conjunto (nº 15) debía ser orgánica y articularse desde abajo: desde las comunidades eclesiales de base. Esa reforma estructural en la Iglesia le dio autoridad para proponer que una de las tareas ineludibles de los cristianos, comenzando por los obispos, debería consistir en “alentar y favorecer todos los esfuerzos del pueblo por crear y desarrollar sus propias organizaciones de base, por la reivindicación y consolidación de sus derechos y por la búsqueda de una verdadera justicia” (2,27).

Y, siguiendo esa línea, Puebla, dedicó un extenso capítulo a la opción por los pobres (nºs 1134-1165) y confirmó el carácter de sujetos en su vivencia cristiana (450). En esta proclamación del evangelio a los pobres se juega la condición de sacramento de la Iglesia: su significatividad para el mundo y, sobre todo, para los propios pobres.

CONMEMORAR EL CONCILIO

El catecismo que aprendimos de niños sostenía que para ser cristiano se necesitaba saber lo que se ha de creer, lo que se ha de orar, lo que se ha de obrar y lo que se ha de recibir. Pues bien, se puede saber y hacer todo eso porque lo ha mandado Dios, que es el que más manda y nos conviene estar a bien con él, o por el imperativo categórico de nuestra conciencia, o para hacer méritos e ir al cielo. Aunque supiéramos con exactitud todo lo que es el cristianismo y lo practicaríamos honradamente, todavía eso no bastaría para ser verdaderos cristianos. Nos faltaría captarlo y vivirlo como la mejor buena nueva posible, como el mayor tesoro, escondido y felizmente encontrado.

A diferencia de Juan Bautista, que propuso la conversión como pasar del pecado a la justicia en vistas al juicio definitivo inminente, Jesús propuso la conversión de la vida que estuviera viviendo cada uno, fuera buena o mala, a la buena nueva de la que él era portador: que en él, que nos había metido a todos en su corazón y había pedido perdón en primera persona de plural al acudir a que Juan lo bautizara, ya estábamos salvados porque el cielo se había abierto manifestando que el Padre había aceptado el perdón que imploró su Hijo único y eterno. Así pues, la buena nueva consistía en que en Jesús

ya éramos todos hijos en el Hijo y hermanos en el Hermano de todos. Volvemos a ella significaba aceptarla y vivir a partir de ella.

En esto insistió el Concilio, por encima de cualquier dogma o ley. Esta buena nueva era lo único absoluto porque era lo eterno ya aquí. Todo lo demás solo valía en relación con ello: en cuanto fuera cauce de filiación y fraternidad.

No es tan claro para muchos de nuestros contemporáneos que esto sea lo que predica y propone la Iglesia; pero los que lo viven sí es verdad que lo viven como lo más grandioso que les ha podido suceder, que se les ha regalado y que tratan de vivirlo esforzada y agradecidamente y de comunicarlo con alegría. Para esto debe servir, sobre todo, la celebración del Concilio.

*Miembro del Consejo de Redacción de SIC.